

Arte y oración – Agnus Dei

A continuación, meditaremos sobre uno de los asuntos centrales de la fe cristiana: Jesucristo como el “Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Jn 1,29).

El cuadro que nos servirá para la contemplación del misterio pascual será el Agnus Dei de Francisco de Zurbarán. No obstante, no será el ejemplar del Museo del Prado sino el que se encuentra en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, y que está datado en 1639.



En la tradición cristiana, la representación del Cordero data desde principios del siglo II, predominando la imagen del Cordero vencedor portando un lábaro asociado a la victoria de Cristo sobre la muerte. Durante la Edad Media, también abundan las representaciones del Cordero con la aureola santa o sobre el libro con los siete sellos. Esto último, haciendo especial alusión al pasaje del Apocalipsis (Ap 5, 6-8) en el que se entroniza al Cordero de Dios.

El cordero que ahora observamos es la imagen de Cristo que nos salva con su sacrificio. Contemplémosle, atadas las cuatro patas y trasquilado, en clara actitud de sumisión. La inscripción inferior “*TANQVAM AGNVS IN OCCISIONEM*” nos remite a las palabras del profeta Isaías (53,7): “Maltratado, voluntariamente se humillaba y no abría la boca: como cordero llevado al matadero, como oveja ante el esquilador enmudecía y no abría la boca”.

Pero, ¿qué nos puede decir un cordero a los cristianos? Leyendo atentamente la Biblia, apreciamos que el cordero sacrificial está presente en la tradición judía desde el Génesis. En Gn 4,2-8 se nos presenta la necesidad del cordero -del sacrificio sangriento- cuando Dios rechaza la ofrenda de Caín sobre la de Abel. En Gn 22,1-14 vemos como el cordero será provisto por Dios cuando prueba el temor de Dios por parte de Abraham. Ese cordero deberá ser inmolado, y esa será “la Pascua del Señor”. Mediante el sacrificio del cordero “sin mancha ni contaminación” (Lev 16), Dios pasará sobre nuestros pecados (Ex 12, 1-11) ya que esa víctima sacrificial cargará sobre ella todos nuestros crímenes e intercederá por nosotros pecadores (Is 53).

Después de esta pedagogía de Dios a su pueblo, manda a su Unigénito, y para que se cumpliera la escritura padeció, como cordero que no se defiende, a manos de quienes le esperaban y no le reconocieron (Mt 17,12). La primera identificación de Jesús con el “Cordero de Dios” aparece en Jn 1, 29. En la persona de Jesús se llevarán a plenitud las características del Cordero Pascual, será aquel cordero manso y dócil que Dios ha propiciado a la humanidad. Sin embargo, ahora el Cordero no solo carga con los pecados del mundo o su sacrificio hace que Dios pase por encima de nosotros -sin descargar su ira- aunque tengamos pecado, sino que “quita el pecado del mundo”. Y una vez resucitado y elevado al trono de Dios, reinará eternamente (Ap 22,1-5), recibiendo “el poder, la riqueza, la sabiduría, la fuerza, el honor, la gloria y la alabanza” (Ap 5,12).

Y en concreto, ¿qué nos dice este cordero? Zurbarán, con un cuadro de factura austera se sirve del claroscuro para hacernos entrar en la naturaleza y modo del sacrificio que se anuncia. La ausencia de escenario y los tiernos ojos del cordero interpelan a todo cristiano. La alegoría que nos presenta nos recuerda cómo fue el sacrificio de Cristo; y la aureola nos anuncia que la paz que vemos en sus ojos y la relajación corporal devienen de que será resucitado por Dios, a quien obedece dócilmente. Esto último nos recuerda a las bienaventuranzas (Mt 5,1-12), una auténtica propuesta de vida en la que queramos vivir como el cordero manso que se ofrece como sacrificio para que dando su vida otros la ganen; y no la pierde, sino que la recibe excelsamente (Mt 16,25-26).

